

## “GUSTELE A QUIEN LE GUSTE Y PESELE A QUIEN LE PESE”

Sen. Genaro Borrego

He tratado de vivir los actuales tiempos políticos de México con una actitud abierta, serena y objetiva. Me he propuesto ser un observador minucioso de todo cuanto ocurre y de reflexionar con perspectiva histórica el acontecer diario, en el entendido de que soy un convencido de que el sistema político prevaleciente por décadas ha terminado y que en efecto la presente etapa es coyuntural.

Me resisto a descalificar todo tan sólo por el hecho de que ahora el poder es ejercido por fuerzas distintas a las que he pertenecido. No hay pues una carga emocional en los análisis que sea capaz de distorsionar las conclusiones a las que llego. Me anima el afán de objetividad y el interés por comprender mejor el actual momento histórico y darle a éste un sentido de más amplio espectro y mayor aliento de futuro.

Después del 2 de julio del 2000 siempre he pensado que México deberá encaminarse hacia una nueva era de su desarrollo al encauzarse una auténtica transición de signo democrático, cuya culminación se fuese evidenciando con hechos positivos de concordia y entendimiento en lo político y de progreso en lo económico y social.

Sin embargo, día a día de comprueba que el Jefe del Estado Mexicano, que es quien debería conducir este proceso, ha mostrado incapacidad para hacerlo, además de evidenciar confusión, incoherencia y desubicación histórica. Solo por momentos se ha colocado en el papel de estadista convocante, guía de la nación, árbitro confiable de la querrela política y son lamentablemente reiteradas las ocasiones en que demuestra lo contrario, es decir, provocador, obsecado, intolerante ante sus adversarios, confuso, cambiante e incluso caprichoso y autoritario.

Desde su campaña electoral, Vicente Fox demostró su inclinación por darle a la política un sentido mercadotécnico, es decir, el utilizar sistemáticamente las modernas técnicas publicitarias y, en consecuencia, los medios masivos de comunicación, para obtener resultados políticos. Así, las ideas son reducidas a imágenes y slogans en función de lo que la gente quiere ver, oír y percibir, más que a la transmisión de pensamientos y convicciones de quien las emite. Se trata entonces de un tipo de líder que surge en la sociedad mediática contemporánea, que no tiene ideas propias sino que se limita a explorar, con técnicas muy probadas en el terreno comercial, los sentimientos, anhelos y expectativas de la gente para convertirlos en elementos del discurso, la acción y la publicidad, los cuales se transmiten a la propia sociedad de donde se extrajo el contenido de los mensajes.

Se obtiene de la sociedad los deseos de ésta para luego transmitírselos como propuestas propias, aunque no se crea en ellas y sin importar su viabilidad o su capacidad para sostenerlas en el terreno de los hechos. Las palabras, las actitudes y los actos del seudolíder no salen de sus convicciones y de su propio pensamiento, sino de la sociedad misma, a través de “sondeos de opinión”, encuestas y los llamados “grupos de enfoque”. Dice y hace lo que le señalan las encuestas para complacer al auditorio y lograr el efecto inmediato buscado que es la aceptación generalizada y la popularidad. No importan las consecuencias de los actos y de los dichos y mucho menos importa la capacidad para sostenerlos y convertirlos en realidades en beneficio de la Nación y de los mexicanos. Lo que interesa, lo único que verdaderamente importa es que la gente vea y oiga lo que quiere

ver y oír.

De esta manera surgen seudolíderes que en realidad son actores voluntaristas vendedores de quimeras donde el ejercicio de la autoridad es una permanente “puesta en escena” y el poder sólo tiene su fundamento y legitimidad en los niveles de popularidad que alcanza quien lo posee. El objetivo fundamental del uso del poder por parte de éstos, tan en boga seudolíderes, es tener popularidad. Ese es el fin en sí mismo. A eso se reduce su noción de la política.

En estos últimos días ha habido dos hechos que al analizarlos comprueban, por si hacía falta, que Vicente Fox es un seudolíder y que su régimen lejos está de ser genuinamente democrático y más lejos aún está de significar una etapa de transición política de alcances históricos en el que puedan fincarse los cimientos del país democrático, moderno, progresista y justo que queremos ser en el siglo XXI. Estos hechos en sí mismo son claramente reveladores de las verdaderas características de su limitada noción de la política, del Estado y del contenido del mandato recibido. Todo se reduce a la mercadotecnia, la popularidad y el iluminismo.

Sin debate previo, sin considerar opinión alguna y como un acto totalmente unilateral y unívoco, renuncia al 12.5% del tiempo de la programación de los concesionarios de los medios de comunicación electrónicos (radio y televisión) que el Estado mexicano había reservado para sus específicas finalidades en una acción clara e inocultable de complacencia ante estos medios para favorecer sus personales propósitos de ganarse con tan generosa dádiva, la voluntad agradecida de los beneficiarios directos de la medida.

Se trata de un arreglo entre la monarquía foxista y la oligarquía mediática para favorecer a un régimen populista que funciona sustentado en la mercadotecnia por encima de las instituciones democráticas. Digo monarquía donde hay rey y reina que viven su mundo aparte convencidos de que al hacer lo que les parece cumplen con una misión salvadora e iluminada, pues son ellos y nadie más quienes encarnan el bien de la patria.

Las opiniones diferentes y la crítica de quienes no piensan como ellos son voces malévolas, desnacionalizadas, nostálgicas y envidiosas. Son los equivocados o los perversos. Sólo ellos son poseedores de la razón, la virtud y la verdad. ¡Bonita democracia!

El sábado 12 de octubre pasado, leía en la primera página del periódico Reforma unas declaraciones de la primera dama, Sra. Marta Sahagún de Fox, que pintan de cuerpo entero la mentalidad absolutista de la nueva monarquía foxista “...esto (ser primera dama) representa una gran oportunidad, y esa oportunidad y responsabilidad no la voy a desaprovechar”, está muy bien y tal disposición y actitud son muy loables, pero continúa “... gústele a quien le guste y pésele a quien le pese”. Ahí quedó esta última expresión como huella indeleble de nuestra “transición democrática”. ¡Ni hablar! Hasta el próximo martes.

Octubre 14 del 2002.